



Adrián de Prado Postigo

**DE DIOS, A QUIEN AMAR. LA LÓGICA DEL
MÉRITO EN *DE DILIGENDO DEO* DE SAN
BERNARDO**

Monte Carmelo

Burgos 2019, 317 pp.

La «Biblioteca cisterciense», colección auspiciada por la Orden del Císter en España y publicada por la editorial Monte Carmelo, pone a disposición del lector esta nueva obra, fruto del paciente estudio de la teología de san Bernardo llevado a cabo por Adrián de Prado Postigo.

El libro nace de la voluntad de abrir al lector las puertas de *De diligendo Deo* para descubrir la riqueza, la precisión y la hondura con

las que Bernardo teje su argumento a la hora de mostrar «de qué modo» y «en qué medida» Dios ha de ser amado. A pesar de la extrañeza que pueda suscitar a nuestra sensibilidad teológica actual, Bernardo hace uso de la categoría de «mérito» para aplicarla a Dios mismo y no sólo al hombre: «Dios *merece* nuestro amor», porque Dios se da por entero, no teniendo nada mejor que darnos que a Sí. Atento al razonamiento del claravalense, A. de Prado rastrea las coordenadas bernardinias a partir de la lógica del don. Así, el libro profundiza y explica cómo el *mérito* de Dios radica en la sobreabundancia de Su amor, manifestado al hombre en su Hijo. Por una parte, podríamos decir que en Dios hay un exceso del donante sobre el don mismo (en la creación, Dios *me* ha dado a *mí* mismo; en la recreación, Dios *se* ha dado a *Sí* mismo). Por otra, es preciso tener en cuenta el principio según el cual el verdadero amor no busca recompensa y –precisamente por eso– la «merece». Una de las claves de *De diligendo Deo* se basa en la equivalencia de que para Bernardo no hay «nada más justo» (con respecto a Dios, que se da) ni «más fructuoso» (para el hombre que acoge) que amar a Dios en retorno (es decir, llevar a plenitud el acto de donación en entrega y en acogida).

Para desgranar el magisterio teológico de Bernardo, A. de Prado nos hace caer en la cuenta de la fina arquitectónica con que *De diligendo Deo* está construido. Por esta razón, nos invita a contemplarlo a partir de la sugerente imagen del «ajimez», el arco de un vano partido en dos

y sustentado por una columna. Con este símil, puede entenderse en todo su equilibrio el hilo argumentativo de Bernardo a la hora de explicar la (inter)acción del amor de Dios por el hombre: el don abundante de la creación y el don sobreabundante de la recreación se sustentan soteriológicamente en el exceso del misterio de la Encarnación.

El libro consta de cuatro amplios capítulos: 1) *Diligendus sit Deus* (sobre el amor a Dios); 2) *De merito Dei* (sobre el *merecer* de Dios); 3) *Ex merito Christi* (sobre el mérito de Cristo en su doble mediación); 4) *Pro merito hominis* (sobre el mérito humano como provecho y capacitación para el amor). Todos ellos precedidos de una presentación del tema estudiado y de una breve introducción al estudio, acompañados por diagramas explicativos y rematados por unas «consideraciones finales», a modo de «destilado soteriológico».

En su estudio, A. de Prado evidencia cómo, a pesar de ser un libro concebido para hombres iniciados en la vida espiritual, Bernardo no opta por una parénesis, sino que «construye un discurso de perfil alto, raíz dogmática y perspectiva soteriológica», en el que –en lugar de multiplicar las *razones* que estimulan a amar a Dios– se remonta a la *razón* fontanal y primera por la que Dios es digno de nuestro amor. Las pp. 39-65 constituyen una magnífica síntesis de la cuestión del mérito como concepto teológico, atendiendo especialmente a su uso bíblico y litúrgico, de cariz casi exclusivamente antropológico.

Tal como refiere el capítulo segundo (pp. 69-140), la novedad bernardina consiste en predicar el mérito, ya no del hombre (tratado, sobre todo, en *De gratia et libero arbitrio*), sino de Dios mismo. En lugar de remitir a una compleja investigación metafísica sobre Dios como ser supremo necesario, el claravalense hace gala de su fidelidad a los Padres de la Iglesia, atendiendo a la primacía de la economía de la salvación y desarrollando la lógica sobreabundante del Dios revelado en Jesucristo: «El secreto último de la amabilidad de Dios y de la vocación del hombre hacia Él radica [...] en que Dios nos donó lo mejor que podía donarnos: a sí mismo. [...] Y en que lo hizo antes de que nosotros pudiéramos presentarle motivos para ello: nos amó primero. [...] Con este gesto de caridad libre, unilateral y desmedido, que alcanza su culmen en Jesucristo, Aquel que ya *merece* por el solo hecho de ser Dios —es digno, honorable, justo desde siempre— se ha hecho *sobremerecedor* en relación con nosotros —donante, esposo, misericordioso para siempre—, entregando su propia entraña por nuestra salvación» (p. 73).

La doble mediación del Hijo es el pilar desde el que comprender la equivalencia en el orden de la caridad que Dios ha querido establecer: en Cristo Dios nos ha mostrado toda su justicia (mediación descendente) y nos ha posibilitado nuestro mayor provecho (mediación ascendente), ya que lleva nuestra humanidad a sus mejores posibilidades y nos capacita

para unirnos a su obra de amor redentor y consumidor.

Si, a pesar de la distancia secular que nos separa de las coordenadas claravalenses, el estudio que presentamos logra introducir al lector en el apasionante argumento de Bernardo, no menos sorprendente y sagaz es el «destilado soteriológico» con que el autor finaliza su recorrido. En su esfuerzo por acercarnos el pensamiento de Bernardo y por tornarlo comprensible, A. de Prado rescata una de las vetas más fecundas de la teología monástica del medievo, que presenta los misterios de la vida y muerte de Cristo como posibilidad real de la libre acogida humana de la gracia divina. Asimismo, nos invita a advertir el grado de realismo antropológico y existencial con que Bernardo concibe la vocación humana a la comunión del amor de Dios, sustentado en el delicado pero crucial entramado de la soteriología. Finalmente, el autor pondera la gran destreza del claravalense para articular a un tiempo la gratuidad divina y la libre reciprocidad del hombre, sin que la dimensión activa de este último reste nada a la sobreabundancia del primero, tal como se nos revela en el misterio pascual del Hijo, «plantando ya su mérito en nuestra entraña para que florezca un día en el premio de la Suya» (p. 299). Sin lugar a dudas, el lector sabrá apreciar la actualidad, el provecho y la calidad que trasluce *De Dios, a quien amar*.

Samuel Sueiro, cmf

